



Novela

Juegos de la infancia


ficha

TÍTULO
- 'Las manos pequeñas'.

AUTOR
- Andrés Barba.

EDITORIAL
- Anagrama (12 euros. 112 páginas).

OTRAS OBRAS
- 'El hueso'.
- 'La hermana de Katia'.
- 'La recta intención'.




El escritor Andrés Barba.

Con relativa frecuencia, la infancia se ha visto convertida en un espacio psicológico abonado para la novela. Los niños sirven bien para explorar la vía instintiva y precultural del género humano por manifestar de una manera espontánea las pulsiones, los miedos, las posibles reacciones ante lo desconocido y las maneras de relacionarse con el otro, sea con generosidad, con cautela o con hostilidad. Este primitivismo convierte su percepción de la realidad en materia especialmente privilegiada para la creación literaria. En este sentido, es difícil no emparejar la lectura del último título de Andrés Barba, 'Las manos pequeñas', con 'El señor de las moscas', de William Golding, que planteó una refutación del hipotético estado de la naturaleza roussoniana dando forma narrativa a un microcosmos infantil que unos racionales y civilizados ingleses terminan trastocando en un abismo de superstición, violencia y sadismo. Bastante de eso hay también esta última novela de Andrés Barba: la creación de un universo infantil cerrado, aislado de interferencias de adultos da lugar a un espacio instintivo y feroz, si bien aquí ceden las elucidaciones políticas en favor de las sutilezas de la psicología.

El epicentro de nuestra historia es Marina, una niña que da con su existencia en un orfanato tras la muerte en accidente de sus padres. Su presencia revoluciona el círculo infantil del hospicio. El dolor de Marina; sus heridas físicas y emocionales; su memoria de experiencias dichosas; su carácter introspectivo; su talento fabulador... todo ello ejerce una honda fascinación en el resto de las niñas pero también erige una barrera que aísla a la protagonista. Se unen a ello sus extremadas perspicacia y sensibilidad agudizadas ambas por el padecimiento. Cuidando mucho lo que expresa y lo

que calla, la novela es una elocuente manifestación de la sorpresa, la admiración y el amor que despierta Marina en sus compañeras y cómo aquella cerrada comunidad infantil castrada emocionalmente no sabe dar otra expresión a esos sentimientos que el rechazo y la violencia. Se trata de una historia acerca de cómo tendemos a arrasar lo que nos fascina; del miedo a lo que nos supera y no podemos comprender; de los intrincados vericuetos por los que se accede a cierto erotismo primario y a la fuerza destructiva que este puede alcanzar. La novela puede asimismo analizarse como una

perspicaz antropología del juego. La trama, de hecho, culmina cuando en lo lúdico desaparecen las normas y se transforma en vehículo de los instintos, dando lugar a un terror tiznado con los colores de lo inefable. Sin embargo, el lector tiene la sospecha de que esta violencia no es gratuita, sino que más bien responde a una fatalidad enigmática pues la mentalidad de las niñas le resulta inasible y deviene de un impulso irresistible por destruir aquello que las supera.

La fuerza connotativa de esta novela es tal que sus cien páginas resultan suficientes para encerrar todos estos significados. Su lirismo reside precisamente en su concentración expresiva. Es novela para leer y releer, en la que cada página está trabajada con asombrosa artesanía lingüística sin que por ello se resienta el desarrollo de la historia. Además, se producen algunos cambios de la voz narrativa apenas perceptibles que, lejos de ampliar la información mediante la multiplicación de puntos de vista, incrementan las elipsis y el desvalimiento del lector. Andrés Barba demuestra ser un maestro de la contención y de la estilización de la escritura narrativa. En sus páginas hay mucho más que lo que podemos explicar. Quizá sea este el mayor elogio que cabe hacer de 'Las manos pequeñas' y quizá se deba al esfuerzo de su autor por introducirse en un mundo, el de la infancia, que, desde la perspectiva del adulto, es más fácil de comprender mediante silencios que mediante un discurso racional. Barba derrocha talento e intuición para mostrarnos un extraño e íntimo infierno a ratos no exento de un expresionismo de altos vuelos artísticos.

Por Fernando Larraz